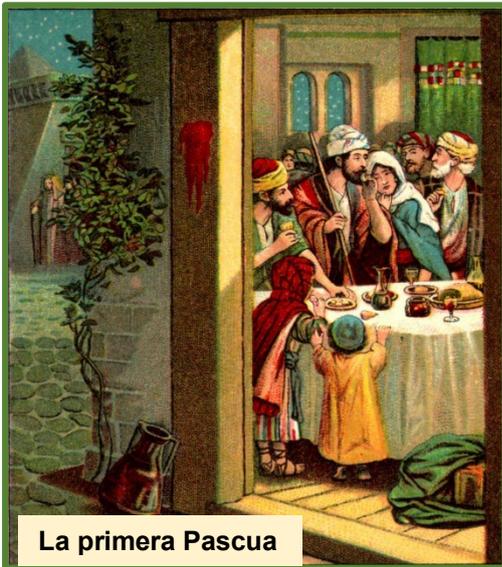


REFLEXIONES PARA EL 19º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
07 de agosto de 2022
El Monte ~ La Residencia de Littledale

Las lecturas de la Liturgia de la Palabra de hoy, 19º domingo del tiempo ordinario, nos ofrecen tanto un reto como un consuelo. El reto consiste en que Dios nos invita a confiar, a tener fe, a estar seguros de que el amor firme de Dios está siempre con nosotros. El consuelo viene en la seguridad de que hemos sido dotados por la fe a través de la presencia de nuestros antepasados, aquellos que nos han precedido y nos han transmitido la fe.

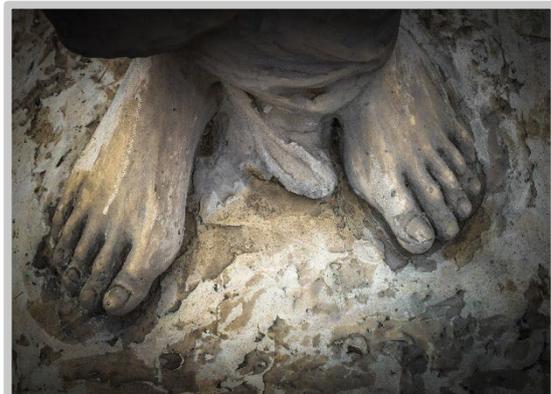


La primera Pascua

La lectura del libro de la Sabiduría habla de la noche anterior al éxodo, "la noche de la liberación de Egipto" (Ss 18,6), cuando la confianza del pueblo en Dios se vio reforzada al saber que sus antepasados (los patriarcas y matriarcas descendientes de Abraham y Sara) habían confiado primero en la palabra de Dios para ellos. Las palabras finales de la lectura, el pueblo "de común acuerdo aceptó la ley divina, para que los santos compartieran por igual las mismas cosas, tanto las bendiciones como los peligros; y ya cantaban las alabanzas de los antepasados" (S 18:9), reiteran la importancia de reconocer la influencia de los antepasados para alimentar la fe en el Dios vivo.

El escritor de la carta a los Hebreos se hace eco de esta misma enseñanza: "Por la fe nuestros antepasados recibieron la aprobación" (Heb 11,2). Este escritor también se remonta a Abraham y Sara, cuya descendencia es "tan numerosa como las estrellas del cielo y como los innumerables granos de arena a la orilla del mar" (Heb 11,12). Estas referencias proceden de las conversaciones de Dios con Abraham (Gn 22,17. 26,4 y 32,12). Este es uno de los cinco pasajes en los que se nombra a Sara en el Nuevo Testamento. El escritor dice: "Todos ellos murieron en la fe sin haber recibido las promesas, pero desde lejos las vieron y las saludaron" (Heb 11,13). El escritor concluye: "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Heb 11,1).

El Evangelio de Lucas continúa el tema de la fe transmitida a cada generación sucesiva con la seguridad del amor firme de Dios. Jesús dice: "No tengáis miedo, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros la parentela" (Lc 12,32). A los discípulos de Jesús se les pide que utilicen sus recursos para "dar limosna", traducción castellana de la palabra griega *eleēmosunē*, que significa literalmente dedicarse a las obras de misericordia o "hacer misericordia". El pasaje evangélico continúa hablando del amo que regresa para encontrar que sus esclavos están protegiendo su propiedad y le dan la bienvenida a casa con seguridad. Entonces sucede lo inesperado: los papeles del amo y del esclavo se invierten cuando el amo se abrocha el cinturón, les invita a sentarse, se acerca y les sirve. No importa si llega en mitad de la noche o a primera hora de la mañana, esta inversión de papeles se produce.



Inmediatamente establecemos la conexión entre esta parábola y el relato de la última cena, tal como se relata en el Evangelio de Juan: "Durante la cena, Jesús, sabiendo que el Padre

había entregado todas las cosas en sus manos, y que había salido de Dios y que iba a Dios, se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ató una toalla. Luego echó agua en una palangana y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla que llevaba atada" (Jn 13,3-5). La fe en el amor inquebrantable de Dios significa compartir ese amor inquebrantable con los que comparten el camino de nuestra vida. Tener una profunda confianza en la alianza de Dios con nosotros significa tender la mano a los demás y a la Tierra con ese mismo amor inquebrantable, dedicándose a las obras de misericordia, a la misericordia.

El Salmo 33 de hoy nos recuerda: "Feliz es la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que Dios ha elegido como herencia" (Sal 33,12). Un versículo anterior del mismo salmo amplía



nuestra comprensión de lo que significa ser los elegidos de Dios: "Que toda la Tierra tema al Señor; que todos los habitantes del mundo se posen ante Dios" (Sal 33,8). Los elegidos por Dios como herencia son todos los que Dios ha creado, no sólo el pueblo de Israel o incluso la humanidad. Toda la creación es la elegida de Dios. Toda la creación está invitada a "esperar en el amor firme de Dios" (Sal 33,18).

Confiar en el amor firme de Dios significa confiar en nuestra propia bondad y valor. Teresa de Ávila nos recuerda: "¿Cómo

puedo explicar las riquezas y tesoros y delicias que se encuentran cuando el alma está unida a Dios en la oración? Ya que de alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, sed valientes en suplicar al Señor que nos dé su gracia para que nos muestre el camino y fortalezca el alma para que cave hasta encontrar este tesoro escondido. La verdad es que el tesoro está dentro de nosotros mismos". Con sus palabras, Teresa nos invita a reconocer el amor de Dios en el momento presente, en el lugar en el que nos encontramos en este momento de nuestra vida. Las cuatro lecturas de esta mañana nos recuerdan que la fe, la confianza y la esperanza se encuentran en el momento presente, alimentadas por la fe que nuestros antepasados experimentaron en sus vidas.

Esta semana vamos a reflexionar sobre tres cuestiones que se desprenden de las lecturas de hoy:

1. ¿Quién fue el primero que me enseñó a creer en el amor inquebrantable de Dios, que me transmitió la fe?
2. ¿Cómo vivo personalmente mi fe en el amor inquebrantable de Dios en este momento presente, aunque me sienta vulnerable en este momento? Confío en que "La verdad es que el tesoro está dentro de nosotros mismos".
3. ¿Cómo transmito la fe en el amor de Dios a los demás y a la Tierra cada día?

El 19º domingo del tiempo ordinario se celebra en el marco de otras dos fiestas que refuerzan lo que aprendemos de las lecturas de hoy. Ayer, 6 de agosto, fue la fiesta de la Transfiguración de Jesús. En un capítulo anterior del Evangelio de Lucas (9,28-36), leemos que Jesús va a la montaña con Pedro, Santiago y Juan para rezar. La apariencia de su rostro cambia y sus ropas se vuelven deslumbrantes. Moisés y Elías aparecen con él. Pedro y sus compañeros quieren quedarse en este tiempo místico, haciendo una morada para ellos. Dios habla desde la nube para decir: "Este es mi Hijo, mi Elegido, escuchadle", haciéndose eco del bautismo de Jesús al comienzo de su ministerio público. Después, Jesús y los tres discípulos bajan de la montaña para volver a su vida cotidiana.

Los antepasados están presentes (representados por Moisés y Elías), Jesús es elegido por Dios, nosotros nos convertimos en uno de los elegidos con él, y el momento de la transformación es un refuerzo de nuestro regreso a nuestra vida ordinaria. La escritora espiritual, Jan Richardson, lo expresa maravillosamente en su poemación, *Una bendición para el Domingo de la Transfiguración*:

Créeme, sé lo tentador que es permanecer dentro de esta bendición,

quedarse donde todo es deslumbrante y claro. Podríamos construir muros alrededor de esta bendición, poner un techo sobre ella.

Podríamos traer una mesa, sillas, tener las comidas más increíbles. Podríamos hacer un hogar. Podríamos quedarnos.

Pero esta bendición está hecha para irse. Esta bendición está hecha para bajar de la montaña. Esta bendición quiere estar en movimiento, para viajar contigo mientras regresas a tierra firme.

Te parecerá extraño lo tranquila que se vuelve esta bendición cuando vuelve a la tierra. No es tímida. No tiene miedo. Simplemente sabe esperar su momento, observar y esperar, discernir y rezar hasta que llegue el momento en el que revelará todo lo que sabe, cuando brille con todo lo que ha visto, cuando deslumbrará con la luz inolvidable que ha llevado durante todo este camino.



Cinco Misterios Luminosos-
Transfiguración

Imagen: [Frank Vincentz](#)



El 11 de agosto celebramos la fiesta de Santa Clara de Asís, la mujer cuyo nombre adorna el Hospital de la Misericordia de Santa Clara, que este año celebra su centenario de ministerio en el ámbito de la salud y la curación.

Clara nació en el seno de una familia italiana acomodada, pero desde su infancia sintió una profunda vocación de atención a los pobres. Solía tomar a escondidas las sobras de las comidas familiares y distribuirlas entre los hambrientos de la puerta de su casa. Cuando Clara tenía 18 años, escuchó a Francisco predicar en la iglesia de San Jorge de Asís. Se acercó a él para que la ayudara a vivir "a la manera del Santo Evangelio". Se hicieron compañeros. Con el tiempo, Clara fundó su propia orden, conocida como las "Clarisas", que dedicaban su vida a la oración, la pobreza, el silencio, la sencillez y el cuidado de los pobres. Insistió pacientemente ante las autoridades eclesíásticas en que las mujeres podían seguir los ideales del Evangelio al igual que los hombres. Fue la primera mujer que escribió una regla religiosa para su comunidad. Durante cuarenta y dos años, encerrada en su convento de San Damián, Clara

vivió sus votos en la pobreza y la oración, conocida por su compasión y sabiduría, además de ser sanadora y consejera espiritual.

Una de las oraciones de Clara se hace eco de las enseñanzas de las lecturas de hoy y del relato de la Transfiguración:

Nos convertimos en lo que amamos y lo que amamos da forma a lo que llegamos a ser. La imitación no es una imitación literal de Cristo, sino que significa convertirse en la imagen del amado, una imagen revelada a través de la transformación. Esto significa que debemos convertirnos en vasos del amor compasivo de Dios por los demás.

Un ejemplo de "llegar a ser y amar y ser moldeados por quien amamos" apareció hoy en facebook. Víctor Manuel Gonzales Flores publicó una fotografía y un hermoso recuerdo. Había sido educado por las Hermanas de la Misericordia en Monsefú en sus primeros años allí.

Una proyección social que, después de que el gobierno militar les quitara todo lo que tenían, nunca han visto ninguna entidad religiosa igual. Fui una de sus alumnas instruidas por ellas en la primaria en la escuela de Nuestra Señora de la Merced y luego en la secundaria en el Colegio Carlos O'Neill Conroy. Hoy soy un profesional de la salud al servicio de la salud monsefana. Esto es lo que hizo la Congregación canadiense de las Hermanas de la Misericordia al llegar a Monsefú.



Hrs Marion Collins y Mildred Brennan con niños pequeños en Monsefú en la década de 1960

Cerrando el círculo de las palabras de Hebreo 12:1, "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve", concluimos las reflexiones de hoy con un poema de Steve Garnaas-Holmes.

La esperanza no es optimismo, no es un deseo,
no una apuesta por el futuro,
sino la confianza en lo que ya está presente, no se ve.
Espero en el amanecer porque la tierra ya está girando.
Mi fe no es que Dios intervenga
y mejore las cosas o arregle los problemas;
mi fe es que el amor está actuando.
Confío en el amor oculto incluso cuando la injusticia anda suelta.
Creo en nuestra Unidad aunque la guerra y el racismo nos hieran.
Conozco nuestra Amabilidad incluso cuando nos agredimos unos a otros.
Aunque dañemos la tierra,
aunque los violentos se ensañen y los ricos opriman a los pobres,
aún así este mundo nace de la Bondad,
y la gracia florece incluso en los lugares malos,
y el Amor nos sostiene en brazos doloridos pero incansables.
Incluso cuando el camino no está bien iluminado, vivo en la esperanza.